

El zoológico de la fantasía

El *Manual de zoología fantástica*, escrito por Jorge Luis Borges con la colaboración de Margarita Guerrero, cumple 50 años, y esto mueve a la reflexión celebrante, dice el autor del siguiente texto. **TEXTO: GILBERTO PRADO GALÁN**

Jorge Luis Borges, amenazado por una progresiva ceguera, escribe esta obra atípica que después sería llamada *Libro de los seres imaginarios*. La mención de la invidencia padecida por Borges no es trivial, sobre todo si consideramos que en el bestiario, donde sobresalen los seres concebidos a través de una “combinación de elementos heterogéneos”, algunos habitantes o pobladores se caracterizan por su mirada (como el inaugural “que mira con todo el cuerpo”), el basilisco –cuya mirada mata–, el catoblepas “que mira hacia abajo” o el monóculo. Se trata de un sutil guiño autocrítico e irónico de quien narró, en numerosos versos, la desolada circunstancia de su ceguera: “Nadie rebaje a lágrima o reproche/ esta declaración de la maestría/ de Dios, que con magnífica ironía/ me dio a la vez los libros y la noche”.

El *Manual* abre con “A Bao a qu”, bella metáfora elegida por el autor de *El Aleph* para poder encender la luz, subir a la mitad de la escalera e iniciar la lectura: “Sólo es posible *verlo bien* cuando llega a la mitad de la escalera, donde las prolongaciones de su cuerpo, que a manera de bracitos lo ayudan a subir, se definen con claridad”. (El énfasis es mío). La disposición de los seres alojados en este recinto de letras es arbitraria, como lo sugiere la Anfisbena (“serpiente con dos cabezas, la una en su lugar y la otra en la cola”, tal si fuese un palíndromo viviente).

La imaginación memoriosa de Borges o, en la simetría en cruz, la memoria imaginativa del ciego clarividente de Buenos Aires recurre a procedimientos de variada estirpe: transcripción de pasajes, paráfrasis de autores antiguos, clásicos y contemporáneos, sueños

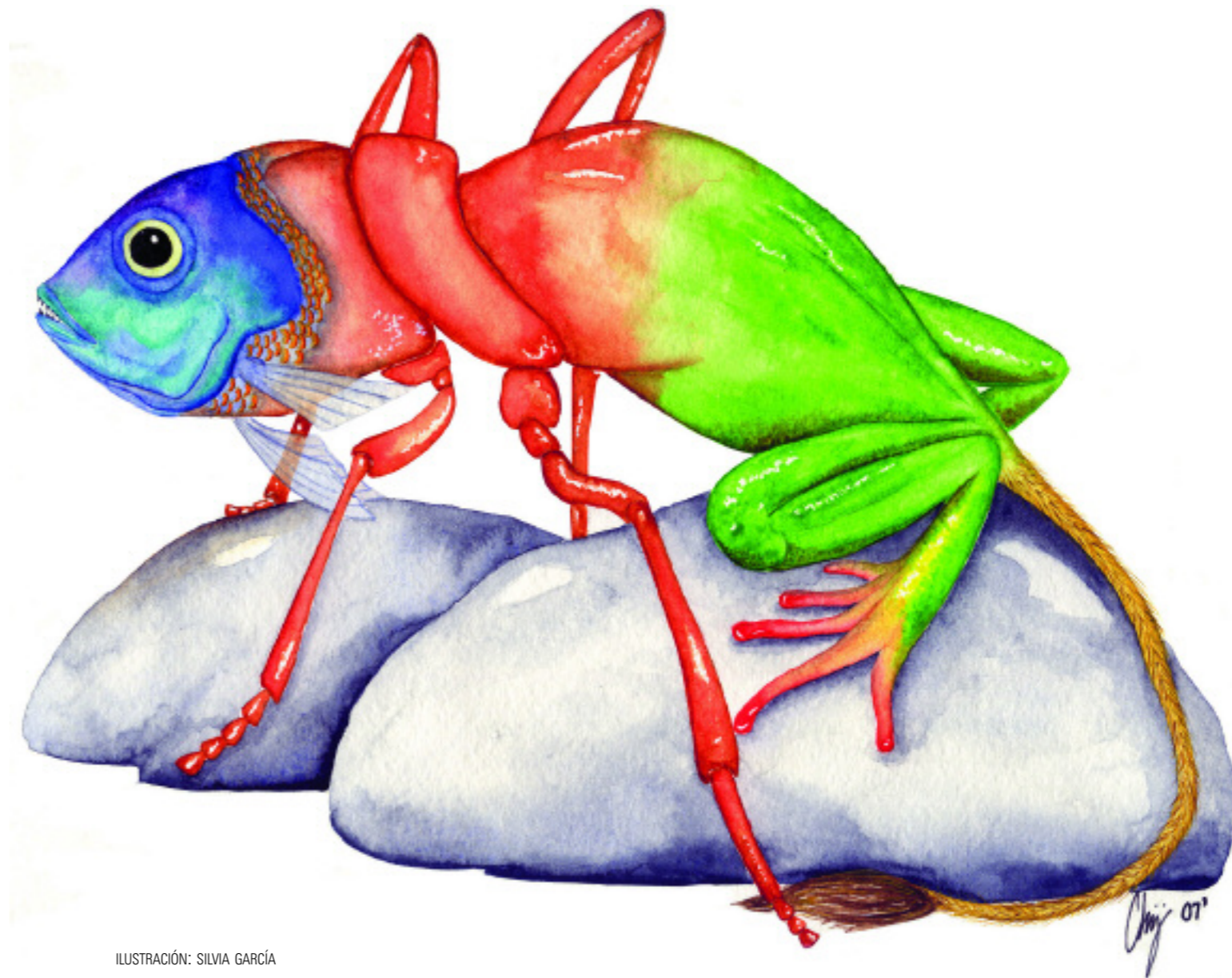


ILUSTRACIÓN: SILVIA GARCÍA

y/o reviviscencias de Kafka, Poe, C.S. Lewis, entre otros, revisión esmerada de bestiarios (donde América aparece poco, acaso sólo en el texto "Fauna de los Estados Unidos") orientales y europeos, citas de libros donde los animales curiosos son descritos (Plinio, Hesíodo, Ovidio, Heródoto, Quevedo, Góngora, Flaubert, Burton, Chesterton y más) y valoración de rarezas que exceden las posibilidades de la mera zoología. El espectro va desde la cruda de la hormiga con el león (el mirmecoleón), la alianza de los reinos animal y vegetal (el borametz) hasta la inclusión de la fascinante estatua imaginada por Condillac ("yo soy olor a rosa") y refutada por el filósofo neotomista Jaime Balmes.

En esta zoología fantástica son perceptibles, asimismo, algunas de las obsesiones que se ramifican de otro modo en la literatura de Borges: los espejos, los tigres y el Minotauro/laberinto (recordamos de inmediato "La casa de Asterión"). Para Borges, en la paráfrasis de Protágoras, el hombre es la medida de todos los animales, reales y fantásticos, propios y figurados. Por eso nos aterran el grito humano de la mandrágora, los seres con cara antropomórfica (el burak) y la pavorosa visión del Nesnás, animal que compendia la mitad del hombre -"Tiene media cabeza, medio cuerpo, un brazo y una pierna".

El humor irónico

Borges practica en este manual el difícil magisterio del humor con vertiente irónica. Así, por ejemplo, dice que el número de cabezas del cancerbero ha sido rebajado "para mayor comodidad de las artes plásticas". Apoda "ciervo celestial" a un animal que vive bajo la tierra y ambiciona conocer la luz. En ocasiones el humor es un ardid

espontáneo, como cuando describe, en el marco de "Fauna de los Estados Unidos", al pez goofang: "Existe además el goofang, que nada para atrás para que no se le meta el agua en los ojos y es del tamaño exacto del pez rueda, pero mucho más grande".

En la descripción del Minotauro Borges invierte, con un retruécano, la frase de Píndaro ("El hombre es el sueño de una sombra": "Probablemente la fábula griega del minotauro es una tardía y torpe versión de mitos antiquísimos, la sombra de otros sueños aún más horribles". El ademán irónico es, a veces, casi imperceptible. En la descripción del centauro sobresale la frase "El centauro es la criatura más armoniosa de la zoología fantástica", pero al final del bloque narrativo, apoyándose en Lucrecio, Borges detalla las inevitables asimetrías del centauro desde la perspectiva temporal: "En el quinto libro de su poema, Lucrecio afirma la imposibilidad del centauro, porque la especie equina logra su madurez antes que la humana y, a los tres años, el centauro sería un caballo adulto y un niño balbuciente. Este caballo moriría cincuenta años antes que el hombre".

La mirada de Borges se detiene en aquellos rasgos que, desprendidos del axis humano, confieren singularidad al ser imaginario. En algunos casos, como ocurre en el relato que nos muestra a El cien cabezas, la conformación física es trasunto de algún desorden moral. La fisonomía de los animales fantásticos responde o refleja complicaciones de índole psicológica, como ocurre a la liebre lunar que se arroja al fuego para apagar el hambre de Buda.

El zaratán

Diré, por último, que en este manual conviven animales de

prestigio y heráldica incontestables, como el unicornio, el basilisco, las sirenas, la quimera, las salamandras, el minotauro, con animales casi desconocidos como el improbable zaratán, un animal que, según el *Libro de los animales* de Al-Yahiz, jamás ha sido visto: "En cuanto al zaratán, jamás vi a nadie que asegurase haberlo visto con sus ojos". Aquí el pleonasma alienta un doble giro irónico.

Un ser proteico, animado por sucesivas reencarnaciones, cierra el recuento de criaturas extrañas: el baldanders. Su trayectoria va del hombre al hombre, pero atraviesa por numerosos accidentes o transfiguraciones: "En un bosque, el protagonista da con una estatua de piedra, que le parece el ídolo de algún viejo templo germánico. La toca y la estatua le dice que es Baldanders y toma las formas de un hombre, de un roble, de una puerca, de un salchichón, de un prado cubierto de trébol, de estiércol, de una flor, de una rama florida, de una morera, de un tapiz de seda, de muchas otras cosas y seres, y luego, nuevamente, de un hombre". ¿No se parece esta exótica enumeración a la de cierta enciclopedia china, descrita en "El idioma analítico de John Wilkins", citada por Foucault en *Las palabras y las cosas*?

Celebremos con gozosa relectura los primeros 50 años del *Manual de zoología fantástica*, una joya cuya primera edición, en México, para el Fondo de Cultura Económica, estuvo al cuidado del escritor Emmanuel Carballo. •

GILBERTO PRADO GALÁN

Torreón, Coahuila, 1966. Ensayista y poeta. Es autor de *Fundación del deseo* y *El canto de la ceniza*, entre otros libros.